



Esta es la fotografía en que Antonio Murat aparece tal cual era en su buena época, un poco pinturero, el pañuelo del cuello en la más sencilla de las tres formas que se llevaba, cruzado simplemente, con las puntas sujetas debajo de la chaqueta, en nudo simple con cabos anchos uno sobre otro sujetos al centro o nudo doble, cuadrado, con puntas más pequeñas y agudas remetidas a los lados; él lo lleva cruzado encima de la camisa y debajo de la chaqueta, bien abrochada para sujetarlo de los picos, como era corriente en los chicos de oficio y en los ya oficiales, porque Murat tiene aquí ya todo su cuerpo y todo su bigote, retorcido como lo llevó hasta la muerte. Todo como de domingo y en conjunto arriscado y presumidillo, animado por la ilusión juvenil.

como aquel Pepe el Pintor, padre de las Pintoras, agraciadas modistillas madrileñas que se casaron aquí, que cantaba las zarzuelas con tanta propiedad en nuestros colmados durante sus juergas, frecuentes, con Feito, Ballester y compañeros mártires.

Antonio era otra cosa, necesitaba la ociosidad creativa del artista, la meditación y el recreo espiritual, incompatibles muchas veces con la rebusca ineludible de los garbanzos y se eternizaba en las obras o le apetecía ejecutarlas cuando nadie lo esperaba y dentro de ellas eran manifiestos los momentos de inspiración que sobresalían y contrastaban con los de cansancio o desaliento y eso dió ventaja a sus competidores que se atenían al oficio consuetudinario demandado por

los clientes e incluso por los oficiales que habían de ocupar la jornada mecánicamente cuando él, imbuído en sus ideas, no había podido pensar en ellos ni en lo que podrían hacer. A pesar de esto y de tener que ir de unos maestros en otros, todos resultaron influídos artísticamente por Antonio y en todos quedó algo de aquella llama creadora, -Sebastián Quintanilla, Marchante el de Demetrio, Molina y Monge- que fueron los que le llevaron a hombros desde su casa a la iglesia, al enterrarlo el 8 de Noviembre de 1925, a los 48 años de edad, pues había nacido el año 1877.

Rosendo, al terminar la charla se quedó entristecido, sintiendo no poseer un nombre brillante para ponerlo orgulloso debajo del artista Antonio Murat Octavio, que era, de seguro, el mismo sentimiento que tenía Antonio con relación a su tierra y a lo suyo, el no poseer un nombre glorioso, como había ambicionado, para legarlo a su pueblo como corona de laurel de la que se enorgulleciera siempre, anhelado de todo artista y de todo hombre como expresión del deseo de continuidad y de perduración que late en el fondo del alma humana.

En pos de esa gloria, que puede significar también riqueza pero que no se busca, Antonio Murat trabajó con denuedo, según su entender, se arriesgó, pasó fatigas, y se puso en el camino de conseguirla, aunque la enfermedad le impidiera alcanzarla.

En esa lucha por el triunfo fue dejando dispersos los fragmentos de su obra que no